

Escorialensia, 4 (2026) – ISSN: 2990-1499**Gloria Merino (1930–2025), pintora del alma manchega**

Gloria Merino (1930–2025), Painter of the Soul of La Mancha

Ana María FERNÁNDEZ RIVERO¹

Resumen: Gloria Merino Martínez (1930–2025) fue una de las figuras esenciales del arte manchego y del realismo expresionista español. Formada en la Escuela de Bellas Artes de Madrid y reconocida internacionalmente, desarrolló una obra profundamente humanista, centrada en la dignidad de la vida rural y de sus gentes. Más que una artista, fue cronista emocional de La Mancha, creadora íntegra y soprano. Su pintura, de gran rigor técnico y hondura emocional, constituye un legado universal que seguirá inspirando a quienes contemplen sus lienzos.

Abstract: Gloria Merino Martínez (1930–2025) was one of the essential figures of Manchegan art and Spanish expressionist realism. Trained at the School of Fine Arts in Madrid and internationally recognized, she developed a deeply humanistic body of work focused on the dignity of rural life and its people. More than an artist, she was an emotional chronicler of La Mancha, a complete creator, and a soprano. Her painting, marked by great technical rigor and emotional depth, constitutes a universal legacy that will continue to inspire all who encounter her canvases.

Palabras clave: Gloria Merino Martínez; arte manchego; realismo expresionista español; pintura española contemporánea; arte figurativo; cronista visual; soprano.

Keywords: Gloria Merino Martínez; Manchegan art; Spanish Expressionist realism; contemporary Spanish painting; figurative art; visual chronicler; soprano

¹ Instituto de Estudios Manchegos.

SUMARIO:**I. Introducción****II. Trayectoria vital****III. Trayectoria artística***3.1. Etapas de su desarrollo artístico**3.2. La litografía en la producción artística de Gloria Merino***IV. Análisis de la obra****V. Exposiciones, premios y honores****VI. Recepción crítica y proyección historiográfica****VII. Legado y reflexiones finales****VIII. Selección bibliográfica**

Recibido: enero 2026

Aceptado: marzo 2026

I. INTRODUCCIÓN

A lo largo de la historia, la presencia de la mujer en el arte ha sido sistemáticamente invisibilizada y, aún hoy, persiste cierta desigualdad en la valoración de la obra de artistas masculinos y femeninos². Como señala Victoria Combalía, las mujeres artistas “han sido sistemáticamente invisibilizadas, y su obra ha sido valorada con menos rigor que la de sus colegas masculinos, pese a su talento y contribuciones indiscutibles”³. De manera similar, Violeta Izquierdo prevé un creciente interés por los estudios sobre mujeres creadoras, reflejando un reconocimiento tardío pero necesario: “El siglo XXI será testigo de un redescubrimiento de las mujeres creadoras, cuyo papel en la historia del arte ha sido ignorado durante demasiado tiempo”⁴.

En este contexto, la figura de Gloria Merino Martínez se impone con claridad. Su talento, coherencia y personalidad artística la consolidan como una de las pintoras más destacadas de la España del siglo XX⁵. A pesar de las barreras sociales de su época, logró hacerse un lugar en exposiciones, concursos y becas internacionales, contribuyendo de manera notable al panorama artístico contemporáneo. El aumento de la visibilidad de las mujeres en las artes desde mediados del siglo XX, especialmente a partir de los movimientos feministas de los años sesenta y setenta, permitió valorar con justicia la obra de artistas como Merino⁶.

En el contexto manchego, el panorama artístico ha sido históricamente menos visible dentro de la historiografía nacional⁷. La provincia de Ciudad Real, de marcado carácter rural durante gran parte del siglo XX, contó con un desarrollo industrial limitado y una reducida presencia de clases medias, factores que condicionaron el crecimiento de su vida cultural y artística⁸. Sin embargo, a partir del último cuarto del siglo, el progresivo desarrollo económico favoreció un mayor reconocimiento de la producción artística local y la consolidación de figuras destacadas como Gloria Merino.

Durante el franquismo, subordinada al centralismo madrileño, la región compartió los desequilibrios económicos y culturales propios de las áreas agrícolas del interior, lo que generó un entorno poco propicio para la renovación estética⁹. La transformación social del mundo rural en los años cincuenta y el

² CASO, Á., *Las olvidadas. Una historia de mujeres creadoras*, Barcelona, Ed. Planeta, 2005, p. 23.

³ COMBALÍA, V., *Amazonas con pincel*, Barcelona, Ediciones Destino, 2016, p. 45.

⁴ IZQUIERDO, V., “Entrevistas y artículos sobre la presencia femenina en el arte contemporáneo, 2015–2020”, p. 12.

⁵ FERNÁNDEZ RIVERO, A. M^a., “Análisis previo sobre Gloria Merino”.

⁶ FERNÁNDEZ RIVERO, A. M^a., *Gloria Merino, la pintora del paisaje manchego y sus gentes. Vida y obra*, 1.^a ed., Ciudad Real 2021, pp. 23-25.

⁷ PEDRERO MUÑOZ, E., *Estilos y tendencias de las Artes Plásticas en la provincia de Ciudad Real (1900–2005) y Academias, Certámenes y Museos*, Ciudad Real, Imprenta Provincial / Diputación Provincial de Ciudad Real, 2010, pp. 33-35.

⁸ *Ibíd.*, pp. 37-39.

⁹ *Ibíd.*, pp. 37-39.

éxodo hacia las ciudades influyeron decisivamente en la construcción de una imaginería artística marcada por la nostalgia y la idealización del campo¹⁰.

La pintura manchega del siglo XX se caracteriza por su diversidad estilística y la dificultad de establecer criterios unificadores. En ella conviven el costumbrismo, distintos realismos, modernismo, naíf, postimpresionismo, vanguardias y lenguajes contemporáneos, conformando un panorama heterogéneo. Como señala Rafael Rojas, se advierten “apuntes escénicos en grandes cuadros de historia” y “lenguajes heterogéneos” que, en ocasiones, se alejan de las corrientes dominantes¹¹. Esta pluralidad configuró un repertorio visual estrechamente vinculado a la realidad social y cultural de la región, sentando las bases para la obra de artistas fundamentales como Gloria Merino.

A pesar de las limitaciones estructurales y económicas, Ciudad Real mantuvo presencia en las principales tendencias artísticas nacionales del siglo XX, con figuras destacadas como Gregorio Prieto, López Torres, López Villaseñor o Agustín Úbeda¹². Sin embargo, la participación femenina era escasa, lo que subraya la singularidad de la trayectoria de Merino. Las convocatorias públicas y privadas, inspiradas en las Exposiciones Nacionales, favorecieron la proyección de los artistas manchegos, especialmente a partir de los años cincuenta, periodo que Rafael Galiana calificó como “años de oro de las bellas artes manchegas”¹³.

La obra de Gloria Merino refleja la vida y la memoria de La Mancha, donde los paisajes y personajes de su tierra se sedimentaron en su subconsciente y afloraron a través de su sensibilidad, convirtiéndose en composiciones ordenadas y profundamente humanas¹⁴. Su pintura combina fresca, técnica depurada y una mirada personal que integra lo individual con lo colectivo, superando la mera escena costumbrista y captando la identidad de la región¹⁵. Como observa el poeta manchego Valentín Arteaga, los pueblos son un “lienzo vivo” donde los recuerdos, las calles y las gentes forman la identidad colectiva”¹⁶.

A lo largo de su trayectoria, Merino desarrolló un estilo propio sin depender de modas ni imitar a otros artistas¹⁷, demostrando que la técnica puede servir de herramienta para explorar caminos personales y transmitir emociones universales¹⁸. Su creación es un testimonio de la vida cotidiana y del contexto social manchego, estableciendo un diálogo directo entre artista y espectador, en

¹⁰ *Ibíd.*, pp. 40-41.

¹¹ ROJAS, R., *Historia del arte manchego contemporáneo*, Ciudad Real 2015, pp. 22-25.

¹² PEDRERO MUÑOZ, o.c., pp. 45-46.

¹³ GALIANA, R., *La pintura en Ciudad Real en el siglo XX*, Ciudad Real 2008, p. 18.

¹⁴ FERNÁNDEZ RIVERO, A. M^a., *Gloria Merino, la pintora del paisaje manchego y sus gentes. Vida y obra*, 1.^a ed., Ciudad Real 2021, pp. 27-29.

¹⁵ *Ibíd.*, pp. 31-35.

¹⁶ ARTEAGA, V., *Pueblos y paisajes de La Mancha*, Ciudad Real 2000, p. 11.

¹⁷ FERNÁNDEZ RIVERO, A. M^a., *Gloria Merino, la pintora del paisaje manchego y sus gentes. Vida y obra*, 1.^a ed., Ciudad Real 2021, pp. 31-32.

¹⁸ *Ibíd.*, pp. 31-32.

línea con las reflexiones de Delacroix y Gombrich sobre la expresión artística”¹⁹. Merino ha subrayado la importancia de un arte accesible, capaz de despertar sensibilidad y conectarse con el público, evitando “torres de marfil”. Su obra, presente en colecciones públicas y privadas a nivel nacional e internacional, constituye un legado que enriquece la comprensión del arte manchego y universal.

II. TRAYECTORIA VITAL

Gloria Merino Martínez nació el 18 de febrero de 1930 en Jaén, en la plaza de las Palmeras, y fue bautizada en la iglesia de San Ildefonso. A los cinco años se trasladó con su familia a la localidad ciudadrealeña de Malagón, donde permaneció siempre arraigada. Fue la menor de los tres hijos de Santiago Merino Anciano y Eloísa Martínez Castillo, en el seno de una familia profundamente vinculada a la música, el teatro y las artes.

Su padre, músico aficionado y director teatral —miembro de la Asociación de Amigos del Arte de Jaén—, poseía una sensibilidad artística excepcional y promovió en sus hijos el estudio del solfeo y de instrumentos de cuerda como la bandurria y el laúd. Eduardo Jiménez López-Cano evocó su talento guitarrístico como “un hombre con alma moldeada a tenor de sus mágicos trastes”.



Imagen 1: *Autorretrato*. Fuente: Fernández Rivero, A. M., *Gloria Merino, la pintora del paisaje manchego y sus gentes. Vida y obra*, Ciudad Real, 2021. Propiedad Excmo. Ayuntamiento de Malagón (Ciudad Real)

¹⁹ DELACROIX, E., *Notas sobre la pintura*, París 1860; GOMBRICH, E. H., *La historia del arte*, Madrid 1995, pp. 112-115.

Su madre, dotada de una hermosa voz, transmitió a Gloria el amor por el canto. Sus hermanos también cultivaron la música: Santiago con el laúd y la bandurria, y Carmen con el piano. Este entorno familiar configuró una educación artística natural, cotidiana y profundamente arraigada.

Aunque Jaén fue su lugar de nacimiento, Gloria siempre se sintió especialmente vinculada a La Mancha, tierra en la que se forjó su sensibilidad creativa: “Como he vivido más en La Mancha, es aquí donde estoy más arraigada... sintiéndome malagonera en plenitud”. Esa identificación emocional con el paisaje y la cultura manchegos marcaría decisivamente su obra posterior.

Desde muy temprana edad manifestó una inclinación natural hacia las artes plásticas. A los cuatro años ya realizaba dibujos de forma constante, revelando unas dotes excepcionales para el retrato y la figura humana, habilidad que heredó de su abuelo materno. “Mis primeros dibujos los realicé a los cuatro años, y a partir de ese momento mi obra es una cadena ininterrumpida de búsqueda”, recordaría más tarde.

Esta temprana vocación fue advertida y estimulada por su maestra en Malagón, Victoria García de Blas. La poeta y escritora Ana Moyano evocó cómo la joven Gloria caminaba siempre acompañada de una pequeña libreta en la que reproducía, con sorprendente exactitud, los rostros de sus compañeras, generalmente de perfil, captando ya entonces no solo sus rasgos físicos, sino también su mundo interior. Aquella capacidad precoz de observación y síntesis visual anticipaba una trayectoria artística marcada por la profundidad expresiva y el rigor formal.

A los doce años se presentó al examen psicotécnico del Instituto Psicotécnico de Madrid, situado en la plaza de Santa Bárbara, donde fue considerada por sus profesores una auténtica “niña prodigio del arte”. Este hecho quedó documentado en un reportaje de la revista *Medina* (1944), que subrayaba como dato significativo que realizaba “dibujos acabados de su propia inventiva y otros reproducidos con fidelidad, sin haber recibido aún enseñanza artística alguna”.

La directora del centro, consciente de su talento excepcional, puso su caso en conocimiento del marqués de Lozoya, entonces director general de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, quien se convirtió en su principal valedor. Para evaluar sus aptitudes, el arquitecto Pedro Muguruza le encargó la realización de seis dibujos —cinco a lápiz y uno a tinta china— entre los que figuraban retratos, fragmentos arquitectónicos y una vista de la Alhambra. El resultado confirmó sus extraordinarias dotes como dibujante y le valió la concesión de una beca de la Delegación Nacional de la Sección Femenina para ingresar en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando, en 1947. No fue sencillo resolver su traslado a Madrid, pero finalmente obtuvo también plaza en la Residencia de la Sección Femenina, donde convivió con un selecto grupo de jóvenes intelectuales.

Mientras desarrollaba su sólida formación pictórica y comenzaba a abrirse paso en el ámbito expositivo, Gloria Merino mantuvo viva otra de sus grandes pasiones: el canto, heredado de su madre. Desde niña cantó en el orfeón de Malagón y participó en festivales benéficos, alentada por figuras locales como el párroco Blas Romero y el organista Saturnino Sánchez Franco, quien afirmaba: “Esta mujer canta como los propios ángeles”. Aunque al ingresar en la Escuela de Bellas Artes hubo de interrumpir temporalmente sus estudios musicales por incompatibilidad horaria, retomó más tarde su formación con Isabel Penagos y, a partir de 1969, en el Conservatorio de Madrid, donde estudió con Blanca María Seoane y Conchita Badía de Agustí.

Como soprano, participó en conciertos y recitales, obteniendo una beca para asistir al Curso Universitario Internacional de Música Española dirigido por Badía en Santiago de Compostela. En uno de estos encuentros, celebrado en el Hotel Manila, fue animada a compaginar una exposición pictórica con la interpretación de tonadillas de Enrique Granados, actuación que le valió la Medalla de Plata del “Camarote Granados” y el elogio del crítico y compositor Xavier Montsalvatge en *La Vanguardia Española* (1973).

Aunque fue una creadora polifacética, la pintura constituyó siempre el eje central de su trayectoria vital y artística.

Además de su vocación musical, Gloria Merino poseía también notables dotes para la escultura.

III. TRAYECTORIA ARTÍSTICA

3.1. Etapas de su desarrollo



Imagen 2: Gloria Merino en la Exposición de su obra pictórica en los Salones de La Real Sociedad Económica de Amigos del País de Jaén, 1971. Fuente: Fernández Rivero, 2021.

La pintura de Gloria Merino, desde sus comienzos profesionales en 1953, evolucionó de manera autónoma, sin someterse a modas ni corrientes dominantes. Su trayectoria refleja una búsqueda constante, donde cada etapa responde a experiencias concretas, viajes de estudio, cambios de entorno y una depuración técnica progresivamente más exigente. Como ella misma resumía, siempre persiguió “el equilibrio exacto entre idea y realización, fondo y forma, trabajo y vocación”, convencida de que el arte no es solo aptitud, sino también una continua labor de exploración y reflexión²⁰.

Primera etapa (1946–1953): formación y virtuosismo técnico

Considerada desde sus primeros años una auténtica “niña prodigio del arte”, esta etapa se caracteriza por su formación rigurosa en la Escuela Superior de Bellas Artes. Merino defendió siempre la necesidad de un aprendizaje técnico sólido como base indispensable para la libertad creativa. Durante estos años obtuvo sus primeros grandes reconocimientos, entre ellos: el Doble Premio Extraordinario “Carmen del Río” por *Venus de Milo* y *Desnudo al natural*, así como Matrícula de Honor y Premio de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando por el dibujo *Arquero de rodillas*. Paralelamente, amplió sus estudios en ilustración con Sáenz de Tejada y pintura mural con Ramón Stolz, obteniendo nuevamente Matrícula de Honor y Premio en 1953, consolidando un virtuosismo técnico que sería la base de toda su obra posterior.



Imagen 3. *Venus de Milo*. Premio Extraordinario “Carmen del Río” de Bellas Artes, Madrid. Dibujo a carboncillo, 100 x 67 cm. Fuente: Fernández Rivero, 2021. Obra propiedad del Excmo. Ayto. de Malagón.

²⁰ MERINO, G., *Análisis monográfico. El paisaje manchego y sus gentes, raíz y eje de mi obra*, tesina, 1981.



Imagen 4. *Los rezos de la seña Rita*, 1959. Óleos sobre lienzo, 146 x 114 cm. Fuente: Fernández Rivero, 2021. Obra propiedad del Excmo. Ayuntamiento de Malagón.

Segunda etapa (1956–1960): liberación del dibujo y descubrimiento del color

Durante estos años, la pintura de Gloria Merino muestra una progresiva liberación del dibujo, hacia planteamientos más esquemáticos y esenciales, eliminando todo lo accesorio. El viaje a Italia en 1956 supuso un punto de inflexión: por un lado, estimuló una profunda transformación en su concepción del color; por otro, la monumentalidad armónica de los conjuntos arquitectónicos romanos despertó su interés por el paisaje urbano.

Como ella misma confesaba:

“Los tonos ocres y rojizos de sus fachadas me traían el recuerdo de las tierras manchegas, contribuyendo, sin yo saberlo, a valorar por contraste todo lo que en ese momento tenía tan lejos, es decir, mi pueblo”²¹.

²¹ *Ibíd.*



Imagen 5. *Arco de Trajano*, 1957. VIII Salón de Arte Provincial, 2º Premio. Óleo sobre lienzo, 105 x 85 cm. Fuente: Fernández Rivero, 2021. Obra propiedad del Ayuntamiento de Puertollano (Ciudad Real).

Los encuentros con Roma y París fueron decisivos para desatar amarras formales y tomar conciencia de su propio rumbo artístico. En esta etapa, el dibujo cede protagonismo al color y a los empastes, manteniéndose, no obstante, desde un plano más discreto. Este cambio marca el inicio de un lenguaje más personal, donde el color empieza a expresar emociones y recuerdos con fuerza propia, sentando las bases de su estilo maduro.

Tercera etapa (1961–1965): definición de un lenguaje propio

Asimiladas las experiencias anteriores, Gloria Merino inicia una etapa de síntesis esencial, en la que la simplificación formal se convierte en un vehículo expresivo. Su obra se aproxima entonces a un cubismo expresionista, a veces con resonancias fauvistas en el color y esquemas de carácter muralista, tal como señalaron diversos críticos²².

Durante su estancia de tres años en París, gracias a la Beca Conde de Cartagena, su pintura tomó definitivamente el rumbo que más tarde sería reconocible como exclusivamente suyo. En este periodo, el color se vuelve más vivo y contrastado, las formas adquieren un carácter inédito enriquecido por veladuras, y el dibujo queda definitivamente subordinado al color.

²² Críticos contemporáneos citados en estudios sobre la pintura de Gloria Merino, 1961-1965.



Imagen 6. *Un hombre comiendo sandía*. Premio Internacional “Villa de París” (1962). Óleo sobre lienzo, 97 x 21 cm. Fuente: Fernández Rivero, 2021. Obra propiedad del Excmo. Ayuntamiento de Malagón.



Imagen 7. *Clochards*, 1963. Premio “Molino de Plata” de la Diputación de Ciudad Real en la Exposición de Valdepeñas de 1963. Fuente: Fernández Rivero, 2021. Obra propiedad de la Diputación de Ciudad Real.

Surgen escenas de la vida cotidiana parisina, ya dramáticas —los *clochards*—, ya grotescas —ancianas empolvadas y ensombreadas—, así como paisajes de las riberas del Sena, siempre bajo una intensa tensión expresiva²³. Este periodo consolida el lenguaje propio de Merino, donde técnica, emoción y memoria se integran en una expresión única, que marcará su producción posterior.

Cuarta etapa (1965–1970): el paisaje como protagonista absoluto

En esta etapa decisiva, Gloria Merino abandona momentáneamente la figura humana y el entorno urbano para sumergirse en el paisaje en estado puro. Su atención se centra en el color por el color y la luz por la luz misma, prescindiendo del apoyo previo del dibujo y buscando una pintura más directa y

²³ FERNÁNDEZ RIVERO, A. M^a., *MERINO, Gloria, Análisis monográfico. El paisaje manchego y sus gentes, raíz y eje de mi obra*, tesina, 1981, pp. 14-16.

sensorial, en la que la experiencia inmediata del entorno natural sea la protagonista²⁴.



Imagen 8. *Casas de Argamasilla, s/a*, 1972. Óleo sobre lienzo, 73 x 55 cm. Fuente: Fernández Rivero, 2021. Obra propiedad del Instituto de Estudios Manchegos, expuesta en el Museo Elisa Cendrero de Ciudad Real.

Esta fase refleja su interés por capturar la esencia de la luz y los matices del terreno manchego, así como la atmósfera y el movimiento de sus elementos naturales. Merino se enfrenta al lienzo con un diálogo íntimo con la naturaleza, donde cada pincelada es fruto de la observación y la emoción directa, consolidando un lenguaje en el que paisaje y emoción se funden de manera inseparable²⁵.

El desarrollo de esta etapa marca un punto de inflexión en su obra, sentando las bases de su producción posterior, en la que los paisajes manchegos se convierten en un testimonio artístico y cultural de su tiempo y su tierra.

Última etapa (1970 en adelante): regreso a La Mancha y madurez plena

Esta etapa se caracteriza por una línea más madura y estable, logrando una relación más estrecha entre el motivo y su tratamiento pictórico. Los temas

²⁴ *Ibíd.*

²⁵ *Ibíd.*

manchegos regresan con fuerza, ahora desde una mirada renovada y más profunda. Como ella misma afirmaba:

“Volví a mi mundo mirándolo con otra perspectiva, y su paisaje vuelve a poblarse de personajes”²⁶.

La luz violenta y cortante del paisaje manchego impone contornos rotundos, aristas agudas en los blancos de cal, y una gama múltiple de rojos —del bermellón al carmín— que alterna con amarillos de mies en verano y verdes diversos en primavera, repartidos entre olivares y viñedos. En sus lienzos reaparecen escenas de los campos de Malagón, las huertas, el río, las calles encaladas, los niños jugando, los jubilados conversando a la puerta de sus casas y las viejucas cosiendo bajo el sol.

Son innumerables los personajes retratados en sus tareas cotidianas: campesinos recios, nacidos por y para la tierra, envueltos en ropas negras, grises o pardas, descoloridas y quemadas por el sol, como sus propias carnes. En sus rostros se leen expresiones suspendidas entre desencanto y esperanza, que la artista aprende a valorar y respetar con una mirada profundamente humana.

De esta amalgama de experiencias, sentimientos y conocimientos surge el estilo particularísimo de Gloria Merino: vitalista y sensible, tierno y profundo, capaz de conjugar emoción, verdad y rigor plástico, consolidando una voz única en la pintura manchega contemporánea.



Imagen 9. *Composición de figuras*, 1960. 2ª Medalla Nacional en la Exposición Nacional de Bellas Artes, Barcelona. Óleo sobre lienzo, 220 x 140 cm. Fuente: Fernández Rivero, 2021. Obra propiedad del Museo Nacional Reina Sofía, Madrid.

²⁶ *Ibíd.*



Imagen 10. *La vuelta del campo*. Galardonado con el Primer Premio y Medalla de Oro en la Exposición Nacional de Valdepeñas, 1975. Fuente: Fernández Rivero, 2021. Obra propiedad del Museo Municipal de Valdepeñas (Ciudad Real).

3.2. La litografía en la producción artística de Gloria Merino

Gloria Merino estudió Litografía en la Escuela Superior de Bellas Artes de París (1961-1964) bajo la dirección del profesor Eugéne Pierre Clairin, uno de los últimos pintores que trabajó en el estudio de Paul Gauguin en Pont-Aven. Con una extraordinaria destreza como dibujante, Merino logró trasladar a la litografía hallazgos tan expresivos y afortunados como en sus otras disciplinas artísticas, alcanzando en su obra gráfica niveles casi equivalentes a los de su creación pictórica, aunque sea menos conocida. Su dominio técnico de la litografía es notable: maneja con precisión la preparación de planchas de zinc, la aplicación de tintas negras y el control del proceso de impresión, logrando una riqueza tonal y una expresividad propias de un maestro de la técnica. Durante su carrera, trabajó en series que reflejan su temática preferida: maternidades, escenas campesinas, clochards y paisajes rurales, siempre cargados de una gran fuerza expresiva y sensibilidad artística.



Imagen 11. *La tierra*, 1963. Litografía numerada Fernández Rivero, 2021. Obra propiedad del Excmo. Ayuntamiento de Malagón.

IV. ANÁLISIS DE LA OBRA

La producción artística de Gloria Merino se inscribe con claridad dentro del Realismo Expresionista Español, aunque su lenguaje plástico desborda cualquier clasificación estricta. Su obra articula una síntesis singular entre rigor académico, construcción geométrica de raíz cubista y una expresividad profundamente humanista, orientada siempre hacia la representación digna del ser humano y su entorno vital. Desde esta conjunción de tradición y modernidad, desarrolló un estilo propio, reconocible y coherente a lo largo de toda su trayectoria.

Uno de los rasgos definitorios de su pintura es la centralidad del mundo rural manchego, particularmente de Malagón, su espacio vital y emocional. Lejos de una visión costumbrista superficial, Merino construyó una auténtica crónica visual de la España interior del siglo XX, registrando paisajes, arquitecturas populares, labores agrícolas y escenas domésticas con una mirada empática, austera y profundamente ética. Su obra no se limita a documentar una realidad social, sino que la interpreta desde una dimensión simbólica y emocional, transformando lo cotidiano en expresión universal de la condición humana.

La figura humana ocupa un lugar central en su iconografía. Campesinos, ancianos, mujeres y niños aparecen representados con un tratamiento que conjuga solidez formal y hondura psicológica. No se trata de retratos individualizados, sino de tipos humanos que encarnan valores colectivos: la dignidad del trabajo, la resistencia silenciosa, la fragilidad de la vejez o la esperanza de la infancia. Especialmente significativa es su atención al rostro, donde se concentra la tensión expresiva de sus composiciones, oscilando entre el desencanto contenido y la serenidad resignada, sin caer nunca en el sentimentalismo.

Desde el punto de vista formal, su obra se caracteriza por una construcción compositiva rigurosa basada en estructuras geométricas claras y volúmenes rotundos. Aunque parte de una formación académica sólida, Merino reinterpreta la figuración mediante una simplificación de las formas y una organización espacial próxima al cubismo, sin abandonar nunca la legibilidad del motivo. Esta síntesis formal confiere a sus composiciones una estabilidad interna que refuerza su dimensión expresiva y simbólica.

El color desempeña un papel esencial en su lenguaje plástico. Su paleta combina tonalidades cálidas y frías con una predilección por colores puros, claros o superpuestos, generando superficies vibrantes de gran luminosidad. Los blancos encalados, los rojos terrosos, los ocre de los campos y los verdes agrarios estructuran una gama cromática que remite directamente al paisaje manchego, pero que adquiere también un valor emocional y simbólico. El color, en Merino, no describe únicamente, sino que construye atmósferas psicológicas y refuerza la carga expresiva de las escenas.

Especial relevancia adquiere en su obra el tratamiento de la materia pictórica y de las texturas. Muros de cal, caminos polvorientos, carros, molinos, animales de tiro y superficies agrícolas son representados mediante una pintura

densa y táctil que otorga corporeidad al espacio representado. Esta materialidad refuerza la sensación de arraigo a la tierra y contribuye a construir una iconografía rural cargada de memoria cultural y afectiva. El paisaje no actúa como simple telón de fondo, sino como extensión simbólica de la experiencia humana.

En el plano iconográfico, Merino muestra un profundo interés por lo antropológico y etnográfico, visible en su atención a la indumentaria tradicional, los gestos cotidianos y los rituales del mundo campesino. Sin embargo, su aproximación no es arqueológica ni nostálgica, sino viva y contemporánea. Las vestimentas populares —pantalones de pana, blusones, refajos, pañuelos— aparecen integradas en composiciones que subrayan tanto su función social como su valor plástico, contribuyendo a definir volúmenes, ritmos cromáticos y estructuras compositivas.

Aunque su obra se enraíza firmemente en lo local, su alcance es inequívocamente universal. Las escenas que representa —trabajo, espera, maternidad, infancia, vejez— remiten a experiencias humanas fundamentales, reconocibles más allá de cualquier contexto geográfico. En este sentido, su pintura conecta con una tradición humanista que encuentra precedentes en maestros como Giotto o Fra Angelico, así como en la literatura poética de Juan Ramón Jiménez, en su capacidad para elevar lo humilde a categoría estética y moral.

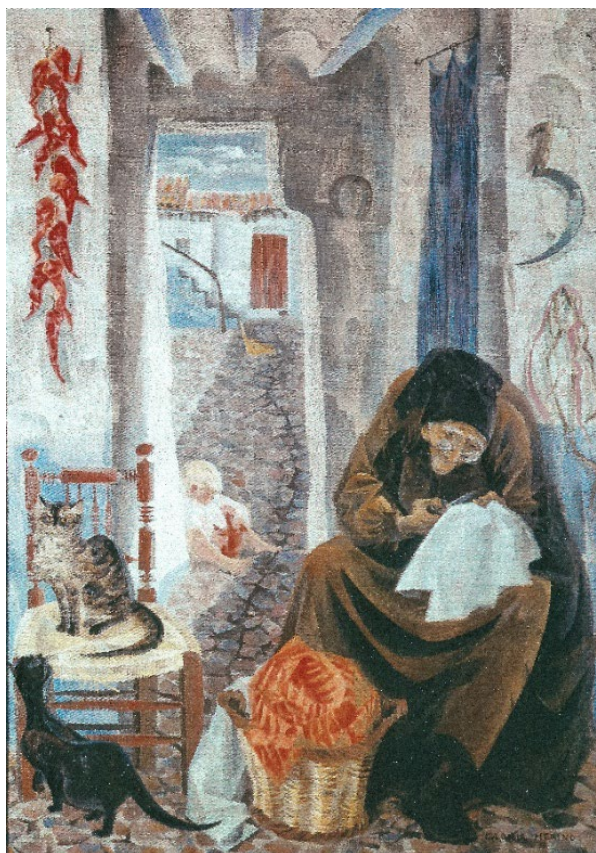


Imagen 12. *Vieja cosiendo*, 1969. Óleo sobre lienzo.
Fuente: Fernández Rivero, 2021. Obra propiedad del
Excmo. Ayuntamiento de Malagón.

La dimensión ética de su obra es inseparable de su proyecto estético. Merino concibe el arte como un medio de comunicación sensible y de transmisión de valores, orientado a despertar la empatía y la reflexión en el espectador. Su aspiración a un arte “culto pero sencillo” se traduce en una pintura accesible sin renunciar a la complejidad formal ni a la densidad simbólica. Esta voluntad de comunicación directa explica la claridad estructural de sus composiciones y la ausencia de artificio retórico en su lenguaje plástico.

Asimismo, su sólida formación técnica se manifiesta tanto en la pintura como en la obra gráfica, especialmente en la litografía, donde demuestra un dominio excepcional del dibujo, la línea y la gradación tonal. La precisión estructural de sus composiciones pictóricas encuentra un correlato directo en su producción gráfica, lo que refuerza la coherencia global de su lenguaje artístico y confirma la centralidad del dibujo como fundamento de su práctica creativa.

En conjunto, la obra de Gloria Merino constituye un testimonio estético y humano de extraordinaria densidad. Su pintura no solo documenta un tiempo y un lugar, sino que los trasciende, convirtiéndolos en símbolos de la experiencia humana universal. A través de una figuración expresiva, rigurosa y profundamente ética, Merino logra articular un discurso visual donde paisaje, figura y emoción se integran en una síntesis de gran fuerza poética, situándola entre las voces más sólidas y personales del realismo español contemporáneo.

V. EXPOSICIONES, PREMIOS Y HONORES

Desde los inicios de su carrera, Gloria Merino contó con un respaldo institucional excepcional que le permitió acceder a una formación artística internacional de primer nivel, decisiva en la configuración de su lenguaje plástico. Obtuvo una beca de la Delegación Nacional de la Sección Femenina para realizar estudios de Bellas Artes, iniciando así una trayectoria marcada por la excelencia académica, la movilidad internacional y un temprano reconocimiento crítico.

En 1956, tras un riguroso proceso selectivo, recibió una bolsa de estudios del Ministerio de Educación Nacional que la condujo a Italia, donde entró en contacto directo con el patrimonio artístico clásico y renacentista. Un año más tarde obtuvo el Primer Premio-Beca de la Fundación Rodríguez-Acosta, lo que le permitió ampliar su formación en Francia, Bélgica y Holanda. Ese mismo año, su obra *Manchegos* fue galardonada con la Tercera Medalla Nacional en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid (1957), y pasó a integrar las colecciones del actual Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, hecho que confirmó su temprana proyección nacional.

En 1958 obtuvo una nueva beca del Ministerio de Asuntos Exteriores, residiendo durante un año en Italia y recorriendo diversas ciudades del país, así como varias localidades de Sicilia. Estos viajes, en los que se empapó de los paisajes, la arquitectura y la tradición artística mediterránea, dejaron una profunda huella en su obra, especialmente en la depuración formal de sus composiciones, la claridad estructural de sus volúmenes y la intensidad

cromática de su paleta, como revelan pinturas de este periodo, entre ellas *Foro romano* (1959).

Durante estos años obtuvo igualmente importantes reconocimientos en las Exposiciones Nacionales de Alicante y Linares, consolidando una progresión artística constante que culminó en 1961 con la concesión de una de las becas más prestigiosas del panorama cultural español: la Beca Conde de Cartagena. Esta le permitió establecerse en París durante tres años, etapa decisiva en su trayectoria. En la capital francesa cursó estudios de litografía en la Escuela Superior de Bellas Artes y alcanzó los máximos galardones de la ciudad: la Medalla de Oro del Grand Prix (1962) y, posteriormente, el codiciado Premio Internacional «Villa de París» (1963), otorgado en el Museo de Arte Contemporáneo de París, en una convocatoria en la que participaron veintisiete países.

En esta exposición internacional concurrió con tres temas manchegos — *Una manada de mulas*, *Un hombre comiendo sandía* y *Un hombre trenzando pleita*—, siendo especialmente elogiada por la crítica francesa. La revista *Arts* destacó su obra *Paisaje con mulas* como «un ejemplo de sencillez dentro de la perfección», en el marco de la Exposición Internacional de Mujeres Pintoras celebrada en París en 1961, reconocimiento que consolidó su prestigio internacional.

A su regreso a España, obtuvo la Beca de la Fundación Juan March, con la que preparó y presentó una exposición dedicada al paisaje castellano, profundizando en la dimensión poética y simbólica de su universo rural. En 1968 fue becada para realizar en Gante (Bélgica) un curso de Arte y Civilización del Medioevo en los Países Bajos, ampliando su horizonte cultural y reforzando su interés por la estructura compositiva y la síntesis formal. En 1980 recibió la beca-concierto del Comité Conjunto Hispano-Norteamericano, que le permitió realizar una exposición de pintura en Nueva York, ampliando notablemente su proyección internacional.

Paralelamente a estas estancias formativas, Gloria Merino obtuvo un extraordinario número de premios y distinciones en certámenes nacionales e internacionales. Entre los más destacados figuran la Medalla de Oro del Grand Prix de París (1962); la Segunda Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Barcelona (1960); la Tercera Medalla Nacional en Madrid (1957); el «Molino de Oro» de la Exposición Nacional de Artes Plásticas de Valdepeñas por la obra *La vuelta del campo*; el Premio José Antonio; la Medalla de Oro del Ateneo de Sevilla (1972); la Medalla de Plata del Ateneo de Sevilla (1970); el Premio Corte Inglés (1969); el Premio de la Real Maestranza (1970); el Premio del Ayuntamiento de Sevilla (1971); la Medalla de Plata en Alicante (1959, 1960 y 1961); la Medalla de Oro en Puertollano (1960); la Medalla de Honor de la Caja de Ahorros de Valladolid (1970); el Premio de Pintura de la Caja de Ahorros de Cuenca (1969); el Primer Premio de Pintura de Alcázar de San Juan; así como la «Espiga de Plata» y la «Espiga de Bronce» en Albacete (1959-1960). Especial relevancia reviste igualmente la concesión del Premio de Litografía de la Diputación de Granada (1965), que reconoce su sobresaliente dominio de esta técnica.

Asimismo, fue seleccionada en numerosas exposiciones colectivas de prestigio, entre ellas las organizadas por el Museo de Arte Contemporáneo de París y el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid; la Exposición Antológica de los mejores pintores de la temporada 1960-1961; diversas Exposiciones Nacionales y Concursos Nacionales entre 1957 y 1968; la Colectiva Internacional de la Galerie Mourgue de París; la Muestra Internacional de Grabado y Litografía de Barcelona; la exposición *Pintores figurativos de la España actual*, organizada por el Ministerio de Información y Turismo en 1970 y presentada en ciudades estadounidenses como San Luis (Missouri), San Diego (California) y Boston; así como diversas bienales nacionales e internacionales, entre ellas las de Zaragoza, Baracaldo y Zamora, además de muestras colectivas en Lisboa, Murcia, Sevilla y Madrid.

A lo largo de su extensa trayectoria, Gloria Merino realizó cerca de trescientas exposiciones individuales y colectivas en España y en el extranjero. Su obra se exhibió en galerías y museos de ciudades como Nueva York, París, Bruselas, Lisboa, Madrid y México, así como en numerosas localidades españolas: Málaga, La Coruña, Bilbao, San Sebastián, Santander, Burgos, Valladolid, Salamanca, Sevilla, Córdoba, Valencia, Palma de Mallorca, Benidorm, Alicante, León, Zamora, Jaén, Castellón, Gijón, Las Palmas de Gran Canaria, entre muchas otras, con especial presencia en su provincia natal.

Su obra forma parte de destacadas colecciones públicas y privadas, entre ellas el Museo Nacional de Arte Contemporáneo, la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía (Madrid), la Hispanic Society of America (Nueva York), así como diversas pinacotecas de Bélgica, Italia, Venezuela y Portugal. En España destacan especialmente el Museo Provincial de Málaga, el Museo de la Diputación Provincial de Ciudad Real, el Museo de Pontevedra, el Museo de Crevillente, la Colección Müller, la Biblioteca Nacional de España, el Museo Provincial del Alto Aragón (Huesca), el Museo Colón de Las Palmas de Gran Canaria, el Museo Municipal de Valdepeñas, el Museo de Vitoria y el Museo de Bilbao, entre otros.

En el ámbito institucional, fue nombrada miembro del Instituto de Estudios Manchegos, miembro fundador e la Fundación Cultural de Artistas Manchegos y elegida miembro de número de la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Ciudad Real. El 15 de junio de 1985 le fue impuesta la Medalla de Académicos Correspondientes de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando por el académico y presidente de dicha Comisión, José Antonio García-Noblejas, distinción que reconocía no solo su excelencia artística, sino también su compromiso con la defensa y difusión del patrimonio cultural.

En marzo de 2021 recibió un nuevo y emotivo reconocimiento al ser galardonada con el premio «Mujeres Imprescindibles», otorgado por el Gobierno de Castilla-La Mancha con motivo del Día Internacional de la Mujer, como homenaje a toda una vida dedicada a la creación artística y a la dignificación poética del paisaje manchego y de sus gentes. Posteriormente, en mayo de 2025, fue nombrada Hija Adoptiva de Castilla-La Mancha por su excepcional contribución cultural. Gloria Merino es considerada hoy una de las grandes

artistas plásticas del siglo XX en la región y una de las creadoras españolas con mayor proyección nacional e internacional de su generación.

Como ocurre en toda gran trayectoria artística, en la obra de Gloria Merino se establece una profunda simbiosis entre vida y creación. Su producción no solo revela una excepcional calidad técnica —como dibujante rigurosa, colorista refinada y grabadora experta—, sino también una personalidad culta, sensible y reflexiva, dotada de un mundo interior propio que se proyecta con coherencia en su universo plástico. Su legado constituye un corpus artístico de extraordinaria solidez estética, valor histórico y profundidad humana.

VI. RECEPCIÓN CRÍTICA Y PROYECCIÓN HISTORIOGRÁFICA

Resultaría arduo recoger en estas páginas el conjunto de los numerosos y excelentes escritos que la crítica y el público han dedicado a Gloria Merino a lo largo de su dilatada trayectoria pictórica. Desde sus primeros años fue reconocida por su soberbia maestría tanto en el dibujo como en el color, así como por haber desarrollado un lenguaje plástico personal, coherente y singular. Su obra despertó el interés de destacados críticos, historiadores del arte y escritores como García Viñolas, Camón Aznar, Lafuente Ferrari, La Hidalga, el marqués de Lozoya, González Ruano o Francisco García Pavón, entre otros.

Asimismo, su nombre y sus logros figuran en los principales repertorios historiográficos del arte español del siglo XX, como el *Diccionario Espasa*, el *Diccionario biográfico de artistas contemporáneos*, así como en estudios de Areán, Campoy, Chavarri, Estiarte, Moreno Galván o Valeriano Bozal, lo que confirma su posición consolidada dentro del panorama artístico nacional. No obstante, estas referencias, aunque fundamentales, constituyen tan solo una primera aproximación a su figura, por lo que resulta necesario profundizar en su trayectoria vital y creativa desde una perspectiva integradora.

A lo largo de su carrera, su obra fue valorada por destacadas figuras del mundo de la crítica, el arte y la literatura, quienes subrayaron su autenticidad expresiva, su rigor técnico y su profunda conexión con el entorno humano y geográfico que la inspiró:

«Lo que ella pinta es la vida, y el arte no es ni más ni menos que la posibilidad de eternizar lo fugaz».
(José Hierro, *Nuevo Diario*, 1970)

«Es el gran poder que da a Gloria Merino el profundo y entrañable conocimiento de sus personajes».
(García Viñolas)

«Siempre buscando el equilibrio exacto entre idea y realización, fondo y forma, trabajo y vocación».
(Manuel García-Viñó)

«La composición y el dibujo, como médula de todo buen cuadro, es privilegio de su competencia».

(Elena Flórez Albert, *Revista Goya*, 1974)

«Es imposible dissociar Combray de Proust. Al parecer Gloria Merino y Malagón son también inseparables».

(Julián Castedo Moya, 1970)

«Nuestra embajadora, que lleva sus credenciales, hechas cuadros, a lo largo y ancho de la geografía».

(Ana Moyano, *Lanza Dominical*, 1977)

«Esta pintora ha llegado a ser ella misma, que es la meta de cualquier creador, sin concesiones ni mentiras».

(José Hierro del Real)

Especial relevancia adquiere la figura de Francisco García Pavón, no solo como uno de los más lúcidos comentaristas de su obra, sino como el escritor que, junto a Gloria Merino, mejor ha sabido interpretar y plasmar la idiosincrasia manchega en el ámbito de la cultura española contemporánea. Ambos comparten una fidelidad radical a su territorio vital, una mirada ética sobre el mundo rural y una capacidad excepcional para transformar lo local en experiencia estética universal.

García Pavón, al presentar la exposición de Merino en Ciudad Real en 1966, subrayó su fidelidad a la tierra natal:

«...ha sido fiel a su tierra, a su entrañada Malagón, a las eras de aquel breve pecho de la región ciudadrealeña».

En uno de sus textos más logrados, el escritor manchego resume admirablemente el universo pictórico de la artista, estableciendo un paralelismo implícito entre su propia escritura narrativa y la pintura de Merino:

«...Y con técnica nueva, a veces casi jocunda por el brío de sus colores, tradujo al lienzo la humanidad de sus coterráneos, la fúlgida cal de las casas del pueblo, el cacho de paisaje que se entrevé como último término de sus cuadros y, sobre todo, ese aliento reseco y soleado del terruño. Esos hombres hirsutos, como tallas de madera policromada —nucas reseca y surcadas como la rama de un árbol añejo—, esas caras de barba prietísima y ojos inmóviles.

Las manos leñosas, las boinas que mal cubren una calva pálida, isla casi lunar de la pelleja tundida por los cierzos y solanos. Hombres que juegan una partida de cartas en el umbroso casino del pueblo. O esa familia patriarcal que rodea, hierática, el pan como a un santuario.

El otro labrador, hinchado de habichuelas y tocino, desbordada de sangre la ancha faz, rojo como una brasa el pestorejo. La anciana, casi sarmiento, entre sus ropas negras, que ofrece inexpresiva unas flores de papel. Las mulas en pura “anatomía” que brincan torpemente sobre el barbecho

gualda; y como contraste, sentada en una silla de enea, esa niña rubia, casi maiceña, que, al pasar los años, el sol sin paz y los vientos ásperos trocarán morena y darán tersura de vidrio sucio a los límpidos ojos de este instante...».

Estos testimonios confirman a Gloria Merino como una creadora plenamente consolidada, cuya obra conjuga excelencia técnica, autenticidad expresiva y una profunda vinculación con su entorno vital y cultural. Como García Pavón en la literatura, Merino supo elevar lo cotidiano manchego a categoría estética universal, convirtiendo su tierra no solo en tema, sino en lenguaje, en ética y en poética. Ambos constituyen, en definitiva, dos de las miradas más lúcidas y hondas sobre la identidad cultural de La Mancha en el siglo XX.

VII. LEGADO Y REFLEXIONES FINALES

Gloria Merino falleció en Madrid el 24 de septiembre de 2025, a los 95 años, dejando un legado artístico y humano que la consagra como una de las figuras esenciales del arte español contemporáneo. Artista adelantada a su tiempo, supo abrirse paso en un mundo donde las mujeres rara vez encontraban reconocimiento, manteniendo siempre su voz, su identidad y su fidelidad interior. Como ella misma afirmó en varias entrevistas, la perseverancia, la pasión y el compromiso con el arte fueron siempre sus brújulas, y su ejemplo sigue inspirando a quienes comienzan su camino creativo.

Más que pintora, Gloria fue cronista de La Mancha, traductora visual de sus paisajes, su gente y sus emociones. Desde Malagón, construyó un lenguaje pictórico que combina hondura, verdad y belleza, y que hoy pertenece al patrimonio artístico universal. Sus estancias en Roma y París enriquecieron su mirada, permitiéndole dialogar con la tradición europea sin renunciar a la esencia de su tierra, y así su obra refleja un equilibrio único entre lo local y lo global, lo emocional y lo racional.

Su pintura no se limita a representar la realidad: la interpreta, la dignifica y la transforma en un mensaje que trasciende tiempo y lugar. Temas como el trabajo, la memoria, la dignidad o el paso del tiempo se entrelazan en composiciones que buscan conmover y despertar reflexión. Para Gloria, cada obra era un instante de vida, una emoción capturada, una historia contada con sensibilidad ética y profunda humanidad.

Formalmente, su dominio del dibujo, el rigor compositivo y un tratamiento del color original la hacen inconfundible. Logró integrar la tradición académica con la modernidad expresiva, combinando claridad narrativa y legibilidad con innovación y libertad creativa. Esta síntesis de emoción y estructura explica que su obra permanezca vigente y relevante, más allá de modas o tendencias efímeras.

Los reconocimientos que recibió, incluyendo aquellos vinculados al Día Internacional de la Mujer, no solo celebraban su excelencia, sino que también abrían caminos para otras artistas. Gloria entendía que dar visibilidad a las mujeres en el arte era esencial, y veía cada premio como un estímulo para

inspirar a futuras generaciones, transmitiendo un mensaje de esperanza y empoderamiento que va más allá de la propia obra.

Su legado también es tangible y generoso: la donación de parte de su producción y su archivo personal a su localidad natal asegura que su obra pueda ser estudiada, apreciada y difundida por generaciones venideras. Su trayectoria se erige como referente histórico y cultural, un ejemplo de cómo la pasión, la constancia y la autenticidad pueden abrirse paso incluso en contextos difíciles.

Gloria Merino entendía el arte como testimonio, como compromiso y como servicio cultural. Para ella, pintar era transmitir, comunicar y tocar a quienes observan. Sus palabras resuenan como lema: el arte debe ser «transmisible, culto pero sencillo», capaz de conmover, educar y tender puentes entre las personas. Su obra, profundamente humana y plenamente integrada en el patrimonio español, permanece como una lección de coherencia vital, fidelidad a la mirada interior y respeto por la verdad de lo vivido. En su pintura, como en su vida, encontramos la belleza de lo esencial y la fuerza de quien nunca dejó de crear.

VIII. SELECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

Monografías

- FERNÁNDEZ RIVERO, A. M^a., *Gloria Merino, la pintora del paisaje manchego y sus gentes. Vida y obra*, 1.^a ed., Ciudad Real 2021.
- PEDRERO MUÑOZ, E., *Estilos y tendencias de las Artes Plásticas en la provincia de Ciudad Real (1900–2005) y Academias, Certámenes y Museos*, Ciudad Real, Imprenta Provincial / Diputación Provincial de Ciudad Real, 2010.

Artículos en revistas y boletines académicos

- FERNÁNDEZ RIVERO, A. M^a., “Gloria Merino Martínez. Una vida para el arte”, en *Besana. Revista de Estudios e Investigación de la Casa Regional de Castilla-La Mancha en Madrid*, nº 48 (marzo 2024) 3–12.
- PEDRERO MUÑOZ, E., “Gloria Merino (Universo Estético Manchego)”, en *Boletín Cultural, Euro Mundo Global*, 25 de febrero de 2025.

Artículos y ensayos en prensa histórica y contemporánea

- CASTEDO MOYA, J., “Es imposible disociar Combray de Proust...”, 1970.
- FERNÁNDEZ, A. M^a., “Fallece Gloria Merino, pintora, soprano y figura esencial”, en *La Tribuna de Ciudad Real*, 25 de septiembre de 2025.
- FERNÁNDEZ, A. M^a., “Gloria Merino, imprescindible”, en *Lanza Digital*, 5 de marzo de 2021.

- GARCÍA VIÑOLAS, M., “El gran poder que da a Gloria Merino...”, en *El Alcázar*, 1959.
- GARCÍA VIÑÓ, M., “Gloria Merino”, en *La Estafeta Literaria*, marzo 1959.
- HIERRO DEL REAL, J., “Lo que ella pinta es la vida...”, en *Nuevo Diario*, 1970.
- HIERRO DEL REAL, J., “Esta pintora ha llegado a ser ella misma...”, 1974.
- MOYANO, A., “Nuestra embajadora...”, en *Lanza Dominical*, 1977.
- TRENAS, J., “Gloria Merino, de lo particular temático a lo universal estético”, en *Pueblo* (Madrid), 26 de marzo de 1965.

Webgrafía y fuentes digitales

- “Abren el museo Gloria Merino en Malagón”, en *Lanza*, Malagón, 16 de diciembre de 2024.
- CABEZAS VELASCO, M., Entrevista a Ana María Fernández Rivero: “Abecedario de una artista universal: Gloria Merino”, en *MiCiudadReal.es*, 19 febrero 2025.
- ENTREVISTA, Onda Cero, “La pintora Gloria Merino agradecida por el premio que recibirá el próximo 8 de marzo”, 2021.
- FERNÁNDEZ RIVERO, A, M^a., “Gloria Merino Martínez”, en *Diccionario Biográfico de la Universidad de Castilla-La Mancha*, UCLM, Ciudad Real 2025.
- FERNÁNDEZ RIVERO, A. M.^a, “Gloria Merino, la pintora del paisaje manchego y sus gentes (Vida y Obra)”. Conferencia, Asociación Amigos Museo Ciudad Real, YouTube.
- MONTEAGUDO, C., “Gloria Merino, toda una vida dedicada a la pintura”, 4 marzo 2021.
- MUÑOZ, P., “Ser mujer y joven no frenó mi carrera internacional”, en *La Tribuna de Ciudad Real*, 8 marzo 2021.
- VILLODRE LÓPEZ, R., “Gloria Merino”, en *Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Boletín de Información Municipal*, nº 33 (1 agosto 1970).